

—¿Puede usted creer en serio que al ofrecerle esta rosa he querido yo hacerle una declaración?

Fausto Silvagni permaneció un momento mirándola con aquella sonrisa triste renovada en sus labios.

¡Pobrecita hada, forzada por el ímpetu bestial de aquellos hombres a salir del círculo mágico de su pura alegría, de aquella inocente embriaguez, en la cual como una locuela se había aturdido! Y he aquí que ahora, a fin de defender del encarnizamiento de brutales apetitos de aquellos hombres la inocencia del don de aquella rosa, la inocencia de aquella su loca alegría de una noche, exigía de él la renuncia a un amor que hubiera durado toda la vida, una respuesta que valiese para ahora y siempre, la respuesta que marchitaría instantáneamente entre sus dedos aquella rosa.

Poniéndose en pie, y mirando con fría firmeza a aquellos hombres en los ojos, dijo:

—No sólo no puedo creerlo yo, sino que puede usted estar segura de que ya nadie lo creerá tampoco, señora. Aquí tiene usted la rosa; yo no puedo hacerlo; tírela usted.

La señora Lucieta cogió con mano no muy firme aquella rosa y la tiró en un rincón.

—Está muy bien, sí... gracias...—dijo con un suspiro, dándose, ya, cuenta de lo que con aquella rosa había tirado para siempre.

CANDELARIA

BIBLIOTECA ALFONSO
SINNA

Nane Papa, con las manos regordetas cogidas a las alas del viejo panamá deformado, dice a Candelaria:

—No te conviene. Compréndelo, querida. No te conviene.

Y Candelaria, montada en furia, le grita:

—¿Y qué me conviene entonces? ¿Permanecer aquí, contigo? ¿Reventar de rabia, de asco? ¿Es esto?

Nane Papa, plácido, estropeándose cada vez más el panamá:

—Sí, querida. Pero sin reventar. No vale la pena. Con un poco de paciencia, y basta. Te lo demuestro, querida. Mira. Quico...

—¡Te prohíbo llamarle así!

—¿Y no le llamas así tú?

—¡Precisamente porque le llamo yo así!

—¡Ah!, bien. Creía que te daba gusto. ¿Quie-

res, entonces, que le llame el barón? El barón. Digo que el barón te ama, Candelaria mía, y gasta en tí...

—¡Holgazán! ¡Mala sombra! ¿En mí gasta? ¿Y no gasta bastante más en tí?

—Sí; no me dejas acabar... Gasta en tí y gasta en mí, el barón. Pero, ¿ves? Si gasta bastante más en mí, Candelaria mía, ¿qué significa? Sé razonable. Significa que él da valor a tí únicamente porque tú recibes decoro y lustre de mí. Esto no lo puedes negar. Es evidente.

—¿Lustre?—vuelve a gritar Candelaria, en el colmo de la rabia—. Sí, lustre de esta clase...

Y se levanta las faldas, alza un pie y le enseña los zapatos.

—¡Vergüenza recibo! ¡Vergüenza! ¡Vergüenza!

Nane Papa sonrío y, más plácido que antes, responde:

—No, perdona. ¿Por qué? Vergüenza la mía, si la hay. Soy tu marido. Pero en esto consiste todo, créelo, Loreta. Porque si yo no fuese tu marido, y, sobre todo, si tú no estuvieses desde ahora en adelante conmigo, aquí, bajo el mismo techo hospitalario, donde todos pueden venir impunemente a honrarte con tanto mayor placer, cuanto más es, digámoslo así, el deshonor y vergüenza con que tú me adornas, todo el gusto de ellos, ¿comprendes?, se desvanecería. Tú, Loreta Papa, te convertirías de pronto en una cosita de poco valor

y de mucho riesgo, por lo cual Quico... digo, el barón, no gasta... ¿Qué haces? ¿Lloras? Pero, no, ¡vaya! Si estoy bromeando...

Nane se acerca a Candelaria; extiende una mano; pretende acariciarle la barbilla; pero Loreta se quita las manos de los ojos; agarra el brazo; abre la boca como una fierecilla y clava los dientes en aquel brazo, hondo, muy hondo, muy hondo, sin dejarlo, apretando cada vez más fuerte, rabiosamente, muy hondo.

Encorvado, para conservarle el brazo cómodamente a la altura de la boca, Nane aprieta los dientes también él, pero sonrío, mudo, ante el espasmo que le hace palidecer.

Los ojos se le ponen cada vez más brillantes, más penetrantes.

Después, cuando los dientes de Candelaria se cansan, ¡oh, delicia!, se siente en el brazo como un pequeño horno. ¡Un sello de fuego!

Pero no dice nada.

Tira hacia arriba, poco a poco, de la manga de su chaqueta; la de la camisa no sube con ella. La tela se ha incrustado en la carne viva. La manga blanca está manchada, en su mitad, de rojo. Un rodal ensangrentado; el cerco de los dientes fuertes de Candelaria, todos, uno a uno, allí precisamente impresos.

Borrarlo es un poco difícil.

Al fin, siempre sonrío, y aún palidísimo, Nane sale bien de esto. El brazo es una com-

pasión. En redondo, toda la dentadura, una herida; y dentro, la carne negra.

—¿Ves?—dice Nane, mostrándola.

—¡El corazón, así, te comerá!—ruge Candelaria, toda retrepada en la silla.

—Lo sé—dice Nane—. Y, precisamente, por ese deseo, verás cómo te persuades de no irte de aquí. Quitate el sombrerito, vaya. Un poco de tintura de iodo, te ruego, para quitar el veneno; el algodón fenicado y una venda de gasa. Arriba, en el cajón de mi escribanía, Loreta: el segundo de la derecha. Lo sé, que eres una bestiecita de aquellas que muerden y, precisamente por esto, tengo arriba una provisión de remedios de urgencia.

Candelaria alza el brazo y lo mira: mira al desgaire el brazo. Nane Papa, en aquella actitud, la admira.

Es una sin par maravilla de formas y de colores, esta Candelaria: un desafío casi enojoso a sus ojos de pintor que la descubren siempre nueva y diversa, en esta hora meridiana, por ejemplo, aquí, en el jardín de la pequeña quinta, bajo este sol inicuo de Agosto, que se recorta todo de sombras violentas.

Miradla. Ha vuelto esta mañana misma de los baños de mar, con la piel levantada y tostada del sol y de las sales marinas, y está temible, con aquel aire en los ojos castaños claros, con aquel hoyuelo en la barbilla, aquellos cabellos de oro encrespados y aquellos

movimientos de cabra adormecida en el deleite; temible por aquellos brazos desnudos depilados, por aquellas caderas poderosas que parece han de hacer estallar con cualquier movimiento la frágil vestimenta adherente, de finísima tela azul, que le cruje sobre las ardientes carnes.

¡Ah, cuán ridículo es aquel vestido! Lo temible es esto. Candelaria está desnuda; ha vuelto desnuda del mar. Desnuda ha nadado durante la mañana entera; desnuda sobre la playa desierta, se ha tendido y manchado de arena abrasada las sólidas carnes de oro, sintiendo en las plantas de los pies el estallido fresco de las espumas marinas. ¿Cómo puede ya disimularle ahora la desnudez rebosante aquel ligero vestidillo? Puesto por decencia, en realidad la hace aparecer bastante más indecente que si estuviese desnuda.

En medio de su rabia, ella nota la admiración en los ojos de él, e instintivamente tiene una sonrisa de complacencia, que de pronto la exaspera, no obstante. Se convierte en mueca aquella sonrisa; una mueca que de pronto se le rompe en sollozos. Y Candelaria escapa hacia el hotelito.

Nane Papa, casi sin quererlo, contrae la cara con un gesto de picardía, siguiéndola con los ojos; después se mira el brazo herido, que al sol le arde vivo; luego, quién sabe por qué, siente también el que le punza en los ojos el

llanto. Junta los labios y prueba a silbar, pero lo deja de pronto. Es atroz, verdaderamente, en medio de un sofocante mediodía de Agosto, advertir así, en una pausa, la vida que pesa, cargada de vergüenza y de asco, y sentir compasión, mientras se suda, del peso sobre el alma de aquella vergüenza y de aquel asco.

En la tetrágine de todo aquel sol tórrido, agotador, aquí, en el jardín recortado de sombras, tiene la sensación, ahora, Nane Papa (una sensación que le oprime, le aplasta y casi le espanta), de la presencia de tantas cosas inmóviles y como atónitamente suspensas ante él: los árboles, altos, grandes troncos de acacias, la pila, con aquel rueda de roca artificial y con aquel espejo verde de agua estancada, las sillas.

¿Qué esperan?

Él puede moverse; puede también irse de allí. Pero, ¿por qué? ¡Qué extrañeza! Se siente como mirado por todas aquellas cosas inmóviles, impasibles, de alrededor; y no sólo mirado, sino también como atado a la fascinación hostil que traspira de su atónita inmovilidad y que le hace aparecer inútil, estúpido y hasta bufo aquel poder suyo de irse de allí.

Da muestra de la riqueza del barón Quico aquel jardín. Él, Nane Papa, está allí hace cerca de seis meses, y sólo esta mañana ha experimentado la necesidad irresistible de

poner, riendo, bajo los ojos, a sí mismo, y a Candelaria vuelta del mar, la vergüenza de él y de ella, en toda su desnudez, sin ningún velo.

Riendo. Sí; porque ella, Candelaria, pretendía salir de esta vergüenza, ahora que—al decir de ella—*podían*.

¡Ahora! Porque se venden, se venden bien, ahora, los cuadros de Nane Papa, y el valor de su arte nuevo, personalísimo, se ha impuesto, no porque sea realmente comprendido, sino porque la imbecilidad de los ricos visitantes de las exposiciones de arte ha sido obligada por la crítica a pararse delante de los cuadros de Nane Papa. La crítica, no obstante...

Vamos, una palabra, ¡la crítica! Una palabra que no vive, naturalmente, sino en las calzones de un crítico. Y el crítico al cual Candelaria un día, ya desesperada, quiso, por propia iniciativa, ir a gritar en sus barbas si era justo que un artista como Nane Papa se muriera de hambre, aquel crítico ha querido, sí, con un magistral artículo reclamar la atención de los imbéciles sobre el arte nuevo y personalísimo de Nane Papa, pero ha querido también que este reconocimiento del artista fuese, no digamos pagado, ¡por caridad!, sino graciosamente compensado con la más viva gratitud de Candelaria. Y Candelaria, de pronto, no sólo a aquel crítico, sino a todos los admiradores más fanáticos del arte nuevo del marido, embriagada por la victoria que acaso le parecía que iba a

costar quién sabe cuanto tiempo, y se ha alcanzado de esta manera, ¡Señor, por tan poco!... ha querido mostrarse inmensamente agradecida; especialmente a aquel barón Quico, que—ya lo véis—, ha llegado hasta el extremo de alojar al matrimonio en aquel hotelito suyo, para tener el honor de albergar cerca de él a un portento del arte, a un hijo de la gloria... ¡Y qué trato! ¡Qué regalos! ¡Qué fiestas!

¡Si no le ha costado gran cosa hacer ésto, nada de malo, pobre Candelaria! Le dió miedo la pobreza, eso fué. Ella dice que no; dice que le daba rabia, no miedo; porque aquella pobreza no era la fatiga, no era el envilecimiento; era la injusticia, dado el mérito de él. Esta injusticia es la que ha querido vindicar. ¿Y cómo? Aquí lo tenéis, cómo: el hotelito, el automóvil, la barquilla, oro, piedras preciosas, viajes, vestidos, fiestas... Y él ha experimentado un gran desprecio por sí mismo, que ha quedado, en tanto, tal como se veía, ni triste ni alegre, mal vestido como antes, sin otra alegría que la de sus colores, sin otra voluntad que la de profundizar, profundizar en su arte por la necesidad nunca satisfecha de ir hasta el fondo del mismo, cuanto más al fondo pudiera, hasta el punto de no ver nada de la bufa fantasmagoría de aquella vida que se agitaba a su alrededor.

Acaso, y sin acaso, representa su gloria toda esta bufa fantasmagoría: las alhajas, el

lujo de Loreta, los convites, las fiestas. Su gloria y también, ¿por qué no?, su vergüenza. Pero, ¿qué le importaba a él?

Toda su existencia, todo aquello que de vivo hay en él lo pone, lo da, lo cambia por el gusto de hacer carnosa una hoja de árbol, haciéndose él mismo pasta carnosa, fibras y venas de aquella hoja, o de reproducir aquellos tintes de sombra todavía húmeda de la noche, que va desvaneciendo la primera luz verdosa en un cielo de alba; de retratar rígida y desnuda una roca: que se sienta y viva como tal roca sobre la tela; y esto sólo le importaba.

¿Su vergüenza? ¿Su vida? ¿La vida de los demás? Cosas ajenas, transitorias, de las cuales es inútil preocuparse. Su arte, sólo su arte vive; sólo vive la obra que prepotentemente toma cuerpo de la luz y del tormento de su espíritu.

Si ha sido aquella su suerte, es señal de que no podía ser de otra manera. ¡Le parece ya tan lejana para pensar en ella!

Y así como desde lejos, le ha dicho a Loreta esta mañana que le hubiera complacido—¡eh!, pero sin darle a esto ninguna importancia—, encontrar a su lado en la vida una compañera buena, a la cual la pobreza no hubiese producido toda aquella rabia; una compañera humilde y dulce sobre cuyo seno hubiera él podido reposar; que le hubiese inspirado, con sus sufrimientos, la misma pena intensa y querida

que le inspiraba entonces su arte menospreciado.

Loreta, naturalmente, le ha saltado encima como una gata rabiosa.

Pero, ¿qué hace Candelaria entre tanto? No vuelve abajo con la tintura de iodo, el algodón y la gasa... ¿Si se habrá ido arriba a llorar la pobrecita?

Quiere ser amada, ahora, Loreta. Amada por él. ¡Ahora! Por despecho de la indiferencia de él. ¿No es una loca aquella mujer? Si él la amase de veras, debería matarla. Él necesita de aquella indiferencia como condición imprescindible para soportar la vergüenza que ella a su lado representa para él. ¿Salir de esta vergüenza? ¿Y cómo es posible ya en adelante, si ambos la llevan consigo, dentro y fuera, en torno de ellos? La única solución es ésta: no darle a la cosa importancia, y seguir, él pintando, ella divirtiéndose, con Quico, por ahora, después con otro, y aún con Quico y con otro al mismo tiempo, alegremente... De un modo o de otro pasa uno por la vida y no deja rastro. Refír, entre tanto; refírse de todas las cosas mal nacidas, que permanecen penando en sus formas desgraciadas o estropeadas, hasta que con el tiempo se deshacen en cenizas. Toda cosa, todo objeto, toda vida lleva consigo la pena de su forma, la pena de ser así y de no poder ser de otro modo, hasta que no se deshace en

cenizas. Y precisamente en esto consiste la novedad de su arte, en hacer sentir esta tristeza de las cosas; porque sabe bien que todo jorobado necesita resignarse a llevar su joroba. Y como las formas, son los hechos. Cuando un hecho se ha realizado, es ya lo que es, no cambia ya. Candelaria, haga lo que haga, no podrá ya, por ejemplo, volver a ser pura como cuando era pobre. Si bien pura, acaso, no lo ha sido nunca Candelaria, ni aún de niña. No hubiera podido hacer aquello que ha hecho, y gozar con ello después. Pero, ¿cómo ahora, así de improviso, sentía aquella nostalgia de pureza, de encerrarse con él, apartada, tranquila, modesta, amorosa? ¿Con él, después de cuanto ha sucedido? Como si él, ahora, estuviera ya en condiciones de tomar en serio cualquier cosa, en la vida: y el amor, ¡además!, un amor tan ajado todo, como aquél de ella, con la imagen bufa de Quico y de aquel crítico y de tantos otros que, en torno a ella y a él idílicamente abrazados, se habían puesto a jugar al corro... Pobre Loreta... ¡Vaya!

Pero, ¡caramba!, al sol la sangre se ha coagulado toda e incrustado sobre el mordisco: y la muñeca, y también un poco la mano, se le han hinchado; y entorpecido las venas...

Nane Papa se sacude de sus consideraciones, y se prepara a entrar en el hotelito.

Llama dos veces, primero desde la escalera, después desde el recibimiento:

—¡Candelaria!... ¡Candelaria!...

Nadie responde. Entra en la estancia inmediata al estudio, en donde está su escribanía, y da un salto atrás. Candelaria está allí, tirada por tierra, cuan larga era, boca abajo, con los vestidos en desorden y un muslo al aire. Acude, le levanta la cabeza. ¡Oh, Dios!, ¿qué ha hecho? La boca, la barbilla, el cuello, el seno, están manchados de un amarillo negruzco. Se ha bebido el frasco del iodo.

—¡No es nada! ¡No es nada!—le grita—. Candelaria mía, pero ¿qué locura has hecho? Niñita mía... ¡Pero si no es nada! Te quemará un poco el estómago... ¡Arriba, arriba! No es nada..., no es nada...

Prueba a levantarla, y no lo consigue, porque la pobrecita se ha quedado tiesa en el espasmo. Pero, ¿no la llama pobrecita, él—niñita, niñita...—, porque le parece un poco bufo el hecho de haber bebido la tintura de iodo? Niñita..., le repite, y la llama también locuela suya... Y pretende echar el vestido azul, tan frágil, de gasa, sobre aquel muslo descubierto, que le hace daño, y separa los ojos para no verle la boca, toda tan negra... El vestidillo se desgarró al tirón de su mano convulsa y descubre más el muslo.

Está él solo en el hotel, porque Loreta, al volver aquella mañana de los baños de mar,

y antes de abandonar el hotel, había querido despedir a la servidumbre. Nadie, pues, podía ayudarle a levantarla del suelo; nadie podía correr a llamar un coche, a fin de hacerla transportar a un hospital en busca de socorro urgente. Pero, por fortuna, llega de la calle el son de la bocina del automóvil de Quico, el barón. Y, poco después, Quico aparece, aturdido, con aquella cara afeitada, amarilla, de viejo presumido, sobre el cuerpo juvenil, larguirucho, elegantísimamente vestido.

—¡Oh! ¿Y qué es?

Sin quererlo, adelanta el ojo con el monóculo, para mirar aquel muslo descubierto.

—¡Ayúdame a levantarla, por Dios!—le grita Nane, desesperado de sus inútiles esfuerzos.

Pero, apenas la levantan de la mano, que quedó aplastada bajo el costado, cae a tierra un revólver, y allí, en aquel mismo costado, se descubre una mancha de sangre.

—¡Ah! ¡Ah!—gime entonces Nane, transportándola, en unión de Quico, hacia la alcoba.

No está tiesa por el espasmo, Loreta, sino por la muerte. Nane Papa, como enloquecido, apenas echado el cadáver sobre el lecho, grita a Quico:

—¿Quién ha estado en los baños con vosotros? Dime: ¿quién ha estado en los baños con vosotros este verano?

Quico, asustado, da algunos nombres.

—¡Ah, por Dios!—exclama entonces Nane

Papa, feroz, echándosele encima, aferrándolo por el pecho y sacudiéndolo todo—. Pero, ¿es posible que hayáis de ser todos, todos, tan estúpidos, vosotros, los que tenéis ochavos?

—¿Tan estúpidos? ¿Nosotros? — balbuceó Quico, cada vez más asustado, reculando a cada sacudida.

—¡Pues sí! ¡Pues sí! ¡Pues sí! — sigue vociferando Nane Papa—. ¡Tan estúpidos, que habéis hecho nacer el ansia en esta pobrecita de ser amada por mí! ¿Comprendes? ¡Por mí! ¡Por mí! ¡Amada por mí!

Y rompe en un llanto desesperado, abatiéndose sobre el cadáver de Loreta.

SERVIDUMBRE